



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Palacio Pontificio de Castelgandolfo

Domingo 17 de septiembre de 2006

Queridos hermanos y hermanas:

El viaje apostólico a Baviera, que realicé en los días pasados, fue una fuerte experiencia espiritual, en la que se entrelazaron recuerdos personales, relacionados con lugares muy familiares para mí, y perspectivas pastorales para un anuncio eficaz del Evangelio en nuestro tiempo. Doy gracias a Dios por las consolaciones interiores que me permitió vivir y, al mismo tiempo, expreso mi agradecimiento a todos los que trabajaron activamente para el éxito de esta visita pastoral. De ella, como ya es costumbre, hablaré más extensamente durante la audiencia general del próximo miércoles.

En este momento sólo deseo añadir que estoy vivamente afligido por las reacciones suscitadas por un breve pasaje de mi discurso en la Universidad de Ratisbona, considerado ofensivo para la sensibilidad de los creyentes musulmanes, mientras que se trataba de una cita de un texto medieval, que de ningún modo expresa mi pensamiento personal. A este propósito, ayer el señor cardenal secretario de Estado hizo pública una declaración en la que explicó el sentido auténtico de mis palabras. Espero que esto sirva para calmar los ánimos y aclarar el verdadero significado de mi discurso, que en su totalidad era y es una invitación al diálogo franco y sincero, con gran respeto recíproco. Este es el sentido del discurso.

Ahora, antes de la oración mariana, deseo referirme a dos recientes e importantes conmemoraciones litúrgicas: la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, celebrada el 14 de septiembre, y la memoria de la Virgen de los Dolores, celebrada al día siguiente. Estas dos celebraciones litúrgicas se pueden resumir visiblemente en la tradicional imagen de la crucifixión,

que representa a la Virgen María al pie de la cruz, según la descripción del evangelista san Juan, el único de los Apóstoles que permaneció junto a Jesús moribundo. Pero ¿qué sentido tiene exaltar la cruz? ¿Acaso no es escandaloso venerar un patíbulo infamante? Dice el apóstol san Pablo: "Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles" (1 Co 1, 23). Pero los cristianos no exaltan una cruz cualquiera, sino *la* cruz que Jesús santificó con su sacrificio, fruto y testimonio de inmenso amor. Cristo en la cruz derramó toda su sangre para librar a la humanidad de la esclavitud del pecado y de la muerte. Por tanto, de signo de maldición la cruz se ha transformado en signo de bendición, de símbolo de muerte en símbolo por excelencia del Amor que vence el odio y la violencia y engendra la vida inmortal. "*O Crux, ave spes unica!*", "¡Oh cruz, única esperanza!". Así canta la liturgia.

Narra el evangelista: junto a la cruz estaba María (cf. Jn 19, 25-27). Su dolor forma un todo con el de su Hijo. Es un dolor lleno de fe y de amor. La Virgen en el Calvario participa en la fuerza salvífica del dolor de Cristo, uniendo su "*fiat*", su "sí", al de su Hijo.

Queridos hermanos y hermanas, unidos espiritualmente a la Virgen de los Dolores, renovemos también nosotros nuestro "sí" al Dios que eligió el camino de la cruz para salvarnos. Se trata de un gran misterio que aún se está realizando, hasta el fin del mundo, y que requiere también nuestra colaboración. Que María nos ayude a tomar cada día nuestra cruz y a seguir fielmente a Jesús por el camino de la obediencia, del sacrificio y del amor.

Gracias a todos vosotros; me animáis.